

La luz no tiene nombre

Esther Ramón

EL AVE EN SU AIRE

Destruir las murallas del espacio
y ascender,
por encima del tiempo,
como esa llama que lo ignora.

Pues su brillo no quema ni consume
ni sale de sí mismo
–y sus alas, a ejemplo de las aves,
van por el aire y ellas son su aire,
para volar dentro del ave.

(*Lira secreta*, 1980-1984)

Como una fórmula mágica, o la destilación esencial de siglos de oscura sabiduría, este brevísimo poema de Ángel Crespo, pulido y misterioso, cerrado en sí mismo como una esfera de cristal sin fisuras ni aristas, se nos presenta tan inabordable como el interior preservado de una piedra o de la nuez cabalística, hacia el que no cabe ningún acceso que no rompa. Entrar en él es una ilusión, por lo que tal vez sólo quepa circundarlo, de la misma manera en que Cronos, en el poema de Crespo del mismo título, se introduce con sumo cuidado en la morada del ser, desde la noche oscura: «sin romper / ni manchar los cristales».

El hermetismo del poema corre en los dos sentidos (ni se sale ni se entra en la estancia sellada) y parece constituir su propia materia. Así, el brillo de la llama no se quema ni se consume «ni sale de sí mismo / –y sus alas, a ejemplo de las aves, / van por el aire y ellas son su aire, / para volar dentro del ave».

Esta interioridad replegada en sí misma, en retracción, es un tema –como afirma Pilar Gómez Bedate– «que empieza a manifestarse como primordial ya en *Colección de climas* (1979): un examen de sí mismo, un descenso al hombre interior para el que no utiliza ya el lenguaje poético sino el alquímico». La llama en ascenso no se pierde en el éter de los dioses, sino que penetra en las grietas y pliegues de nuestra inmanente materia.

En la casi una década comprendida entre los años 1967 y 1978, alejado del mundo literario español, Crespo se confina asimismo en una búsqueda que pasa por el inabarcable microcosmos de Dante, en cuya traducción y estudios se sumerge, lo que supondrá un viraje absoluto en su propia obra, que queda definitivamente tocada por el genio florentino. El lenguaje alquímico, la magia, la gnosis, la teosofía, el hermetismo neoplatónico, a través también de las atentas lecturas de Plotino, abren una vía nueva en su poesía (atrás quedan los años de experimentación postista o de poesía social: «destruidas las murallas del espacio / ascender, por encima del tiempo») que cristalizará de manera asombrosa hacia la última parte de su obra, y en especial en el libro *Ocupación del fuego*. Y es precisamente el fuego una presencia central en la obra última de Ángel Crespo, la llama que, en este poema, ignora el tiempo, ese mismo fuego que Dante duda en atravesar en el Canto vigésimo séptimo del Purgatorio y que Virgilio refrenda, con sus palabras («¡ven aquí y entra!, ¡ven y está seguro!»). El fuego purificador, que no quema, la noche oscura o cegada por la llama, porque «no se sigue si no muere primero / la hoguera». Que no mata ni muere. En términos alquímicos, el fuego secreto que en el interior de la Naturaleza transforma el espíritu divino en materia. La otra cara del fuego material que Paracelso califica de «tenebroso» y que produce la descomposición de todo lo viviente.

«Su brillo no quema ni consume / ni sale de sí mismo.»

Cuando Dante lo atraviesa, Virgilio le concede la corona y la mitra, atributos que también nos remiten a Hermes, el ladrón del ganado de Apolo, aquél que nació en una cueva, escondió en otra a las reses sustraídas y creó la primera lira con la cáscara de una tortuga y las vísceras de los bueyes sacrificados a los dioses. El heraldo. El intérprete de la voluntad divina, a quien Ángel Crespo dedica numerosos poemas.

Tal vez podamos explicarnos mejor este fuego al que nos remite Ángel Crespo en su poema posando la mirada en una de sus criaturas: la salamandra, que, según Paracelso, «vive en el fuego, pero no en el sombrío fuego material, sino en el fuego esencial, espiritual, de la naturaleza. Salamandra viene de sal y de la palabra ‘mandra’, que quiere decir establo, pero también gruta, ermita». Gruta escondida, retirada, que sirve de establo a Hermes, el ladrón que se esconde. Gruta que se asemeja también a la cavidad craneal, que aloja al cerebro. Refugio de eremitas, con los ojos vueltos hacia adentro. Y sal que, en términos alquímicos, es la ceniza, el sedimento corporal, el cuerpo después de muerto. En esta miriada de significaciones y símbolos que se entrelazan para habitar todavía el adentro que no termina de entregarse a la exégesis reduccionista del afuera, los últimos tres versos del poema –asumidas, traspasadas las llamas–, entregados sin miedo a su esencia, son –como en Dante– puro vuelo: «y sus alas, a ejemplo de las aves, / van por el aire y ellas son su aire». Alas que son también atributo de Hermes el mensajero, «el de los pies alados». Porque «el aire», intuye Crespo en otro de sus poemas, «es de los dioses». Vuelo estático, que no surca sino que participa de una misma materia que es ala, aire, fuego, sustantivo y verbo, vuelo ensimismado en el interior de su esencia, vuelo circular que recorre la Unidad, clausurado, hermético.

Según el diccionario de símbolos de Chevalier y Gueerbrant, «el vuelo predispone a los pájaros para ser símbolos de las relaciones entre cielo y tierra. En griego el propio nombre es sinónimo de presagio y de mensaje del cielo. En la misma perspectiva, el ave es la figura del alma escapándose del cuerpo, o de las funciones intelectuales (la inteligencia, dice el Rig Veda, es la más rápida de las aves). Las aves simbolizan los estados espirituales, los estados superiores del ser».

Vuelo (elevación) que en el poema se vincula al fuego, al igual que en estos versos de la Oda XXVIII referidos a las palabras: «más alta la llama sube / –y devora más–, movida / por la corriente que el fuego / hace más honda y más clara».

Dicha vinculación entre fuego, vuelo y palabra resulta especialmente significativa, ya que «El ave en su aire» no es sólo el título de este poema sino también el que engloba tres libros de aforis-

mos que constituyen, según su propio autor, una poética: «*El ave en su aire* es –dice Crespo–, antes que nada, una reflexión poética de la poesía».

Resulta, por tanto, interesante leer este poema también bajo esa luz metapoética: «Pues su brillo (el de la poema) no quema ni consume / ni sale de sí mismo». Poesía que para Ángel Crespo es ante todo una reflexión sobre el conocimiento y también «un camino de ida, pero sin vuelta, porque los que vuelven, vuelven de otra parte. La poesía nos ayuda a vivir y a intervenir en el ciclo de la naturaleza, porque todo el arte humano y el de la naturaleza es pura combinación: las cosas no se crean, se transforman».

Y es precisamente la transformación la base principal de la alquimia, cuyo fin era transmutar los metales en oro a través del fuego. En el *Asclepio*, uno de los cuarenta y dos escritos mágicos atribuidos a Hermes Trimegisto –a quien también se atribuye la autoría de la Tabla de Esmeralda, el texto fundacional de la alquimia– y que constituyen el *Corpus hermeticum*, la figura de Dios no tiene la consideración de quien ha hecho todas las cosas, sino que Dios mismo es todas las cosas: el fuego, el ala, el ave y el vuelo dentro del ave.

Ese metal que los alquimistas desean transmutar en oro es también, para Ángel Crespo, el que une ser y palabra, como podemos leer en el poema en prosa «Por el metal profundo»: «¿Quién sería capaz de apartarnos a ti y a mí, palabra mía? Unidos por lo no visible, por el metal profundo, repetimos –inauguramos– la más antigua de las acuñaciones. Somos –si somos– la moneda que no se gasta, que no se parte, pero se reparte. Moneda viva, infinita [...] que nada compra: porque todo –todo cuanto existe o pueda existir– es absolutamente suyo». El ave queda así encerrada en su vuelo, en su fuego, trascendidos el espacio y el tiempo. El poema queda intacto, y resta una sola certeza o sal incombustible, que es también la del poeta: la de que, a pesar del metal de las palabras, «la luz no tiene nombre». ©